Cuentos para despertar

Braulio Moreno Muñiz

Cuentos para despertar

Braulio Moreno Muñiz

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2024
©Braulio Moreno Muñoz, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-40-0
IBIC: FF
DEPOSITO LEGAL: M-12702-2024

A todos aquellos a los que quiero. En especial,
y con mi eterno agradecimiento,
a mi sobrino Alexei Rodríguez Moreno
porque él me presta sus alas
cada vez que necesito volar.

EL AMARILLO

Trabajando, siempre trabajando. Para él no existían los sábados, ni los festivos, ni las vacaciones. Su afición por estar entre aquellas paredes grises (blancas al principio), y el papel y las máquinas, era desmedida. Los demás pensaban que todo lo que había detrás de tanto trabajo eran innumerables deudas; sin embargo, yo pensaba que había algo más.

Tenía hijos y una esposa, pero poco a poco fuimos informándonos de que las relaciones con esta y con aquellos habían quedado en el desuso del trato corriente del amor. Se enfadaba con los hijos y pasaban largas temporadas en que les retiraba la palabra. Con uno de ellos llegó incluso a las manos. Hubo una denuncia, pero nadie sabe en qué quedó aquella historia.

Cuando llegábamos a la fábrica, él ya se encontraba allí; cuando nos íbamos, él seguía en su máquina con el ruido, con mucho ruido, y parecía que disfrutaba más cuanto más altos eran los decibelios que emitían los engranajes.

Era de estatura mediana, ancho, de complexión fuerte; tenía poco pelo, plateado y con ribetes que dejaban ver que alguna vez habían sido morenos. Sus ojos eran castaños y su tez amarillenta, de un amarillo extremado. Se llamaba Juan.

Una mañana faltó a trabajar. A las dos horas de haber empezado la jornada y cuando las máquinas habían llegado al auge del ruido, sonó el timbre del teléfono: era la mujer de Juan. «Hoy no puede ir a trabajar porque se encuentra enfermo, se ha puesto muy amarillo y le duele el abdomen. Se va al hospital». El que atendió la llamada fue informándonos uno por uno de por qué no había venido Juan. Nuestra curiosidad fue satisfecha.

A los tres días apareció por la fábrica, como de costumbre, el primero. Alguien dijo: «Ahí está el Amarillo». Desde entonces todos le llamábamos con ese apodo.

Había ingresado en la fábrica más tarde que yo. Desde que llegó parecía como si estuviera enfadado con todos los compañeros, a excepción de los jefes, con los que se llevaba bien. Siempre se doblegaba a las pretensiones de estos sin emitir la más leve queja. Por esta causa no era muy querido por los demás trabajadores.

El fútbol era su pasión, no se hablaba con los aficionados del equipo rival. Algunas veces, en los vestuarios y mientras nos cambiábamos la ropa, los más descarados se ponían a insultar a su equipo en voz alta,

pero no lo hacían dirigiéndose a Juan directamente, aunque todos sabíamos que esos insultos iban por él. Entonces el Amarillo prorrumpía en un sinfín de denuestos a media voz, sin levantar la cabeza y sin dirigirse directamente a aquellos que, por divertirse con su enfado, decían cosas inverosímiles acerca del equipo que él tanto quería. Su enojo llegaba hasta límites que rozaban lo violento, pero nunca llegó a pelearse con ninguno de los que lo sonsacaban.

Era muy visceral y se irritaba por cualquier nimiedad, retirándote de inmediato la palabra. Era tan irascible su carácter que llegó a no hablarse con casi todos sus compañeros. Aunque otros, los menos, aún hablábamos con él. Sus temas favoritos de conversación eran el fútbol y los asuntos de trabajo y, alguna vez, política. Cuando hablaba parecía que estuviera muy disgustado con su interlocutor: lo hacía a voces, con el tono muy alto y gesticulando mucho con las manos y con la cabeza.

Se llevaba muy bien con el regente de taller, con uno de los jefes de sección y con un ayudante llamado José. Con este último iba de copas al final de la jornada. Casi todos los días se iban a tomar cerveza a un bar cercano a la fábrica, excepto los sábados, que iban de bar en bar y recorrían media ciudad tomando alcohol hasta que ya no podían más y se iba cada uno a su casa a dormir la borrachera.

Los sábados, cuando ya habían recorrido varios locales y el nivel de alcohol de su sangre era bastante

alto como para que en su cabeza no cupieran los secretos, Juan se confiaba a José, y entre copa y copa le contaba sus problemas. Al parecer, con este, y una vez suelta la lengua gracias al alcohol, hablaba más de su vida que con ningún otro. Lo que no sabía Juan era que el ayudante no guardaba secretos, y el lunes, cuando llegaba a la fábrica, contaba todo lo que él le había confiado. De esta manera era como nos enterábamos todos de la vida del Amarillo.

Una tarde apareció por el sindicato acompañado por una mujer que luego me presentó como su esposa. Fue al principio de instaurar la empresa el turno de noche; a la semana siguiente le tocaba a él entrar en ese turno, y la sola idea de trabajar de noche lo ponía en un estado de ansiedad y de rebelión que no lo dejaba vivir.

Cuando entró en el despacho parece que quedó muy sorprendido al encontrarme allí. Yo estaba estudiando un convenio colectivo y también me sorprendí cuando lo vi entrar. Lo saludé y le pregunté qué quería. Él me dijo que necesitaba hablar con un asesor. «Yo soy el asesor». No había salido de su contrariedad, cuando soltó de repente: «No quiero entrar de noche. ¿Qué hay que hacer?». La mujer nos miraba alternativamente a uno y a otro.

—Lo único que puedes hacer es demandar a la empresa —. Esta contestación parecía no esperarla, le sentó como un jarro de agua fría—. De todas formas, no sé por qué ahora te niegas a entrar de noche cuando antes, que había horas extras, no te habías negado

nunca; y ya sabes que para que la empresa ponga un tercer turno ha tenido que emplear a más trabajadores. Me parece muy justo que tengamos que repartir el trabajo. No está bien que algunos estén doce horas trabajando y otros no tengan un empleo.

—Yo echo horas porque me hacen falta, y me importa un bledo que los demás no tengan trabajo.

—Eso no es una actitud solidaria. Por otro lado, creo que me debes una explicación, ya que no me parece muy ético que hayas venido al sindicato a pedir asesoramiento, siendo yo compañero de tu empresa y representante tuyo.

Estas palabras lo hicieron sonrojarse. La mujer afirmaba con la cabeza cuando yo hablaba, y se quedó mirando a su esposo como esperando una contestación apropiada. Él se excusó como pudo:

—Verás, no he hablado antes contigo porque como estamos en diferentes horarios apenas nos vemos. También sabía que me ibas a decir lo de la solidaridad y todo eso, así que pensé que aquí en el sindicato otro compañero me asesoraría mejor que tú.

—En este caso, el que mejor te puede asesorar soy yo. Pero como comprenderás no vamos a denunciar el tercer turno nosotros los del Comité, porque esto es un acuerdo al que llegamos con la empresa: un tercer turno a cambio de reducción de las horas extraordinarias y la creación de nuevos puestos de trabajo. Además, este acuerdo se presentó en la asamblea de todos los trabajadores y se aprobó por mayoría.

—Pero yo voté en contra, y para entrar de noche quiero trabajar doce horas y si son diecisiete mejor —. Estas últimas palabras las dijo en tono de enfado, gritando y gesticulando como era su costumbre, pero en esta ocasión exageró sus gestos.

—Mira, Juan, no te enfades. Has de entender que hay mucho desempleo. Y que los que estamos trabajando no podemos hacerlo durante todo el día, todos los días del año: hay que repartir el trabajo. No es que debamos tener jornadas de ocho horas, sino que estas han de reducirse, y el tiempo que sobra dedicárselo a la familia, a la cultura, a formarte como ser humano. No va a ser todo fútbol y trabajo.

—Yo estoy con mi familia el tiempo que me da la gana y al fútbol voy cuando quiero. Yo necesito trabajar más horas. Necesito estar más tiempo entre las máquinas. Necesito el ruido de estas.

Dijo esto último y calló. Su conversación se cortó de repente y enmudeció por unos instantes. El silencio duró unos segundos. Yo miré a su esposa y en mis ojos había una interrogación: «¿Por qué necesita el ruido de las máquinas?». Acto seguido se despidió, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del despacho con intención de salir. Ya fuera, se volvió; la mujer, que lo seguía de cerca, tropezó con él.

—Esto no queda así.

Al día siguiente nos vimos en la fábrica, él estaba trabajando y yo me dirigía a los vestuarios después de hablar con mi compañero de máquina. Nos cruzamos

y me saludó. Le contesté al tiempo que pensaba que al menos no me había retirado la palabra.

Juan había estado trabajando de siete de la mañana a tres de la tarde; yo empezaba a esa hora. Sonaba la fastidiosa sirena que nos avisa del comienzo para unos y final de la jornada para otros. Sirena, pito, ruido estridente y ensordecedor que nos guía, nos empuja, nos insta de manera inapelable a empezar a trabajar a unos, y sin embargo a otros los libera, les canta el anuncio del final de la dura jornada. No suena igual cuando vamos a empezar a trabajar que cuando avisa del principio de la libertad de que haremos uso ese día. Después del de las máquinas, es el último ruido que golpea nuestros tímpanos. Último ruido que nos hace desear, por encima de cualquier otra cosa, el silencio. El silencio que, como el tiempo, no es visible, pero es perceptible. El silencio y la nada, la nada de lo que se admite por el oído. Muchas veces necesitamos silencio, que huesecillos y membranas del aparato auditivo dejen de vibrar para que el nervio del oído no transfiera a través de él ninguna señal al cerebro; es posible, entonces, que este se relaje y descanse de ruido, de percepciones auditivas.

Pero conseguir el silencio puro para un ser normal es imposible, estemos donde estemos siempre habrá algún ruido que llegue hasta el sentido auditivo: en el campo, en la ciudad, de día o de noche. En el mundo actual nunca alcanzaremos el silencio pleno, el silencio absoluto. Tal vez, si construimos una cámara insonorizada, podamos disfrutar del silencio, pero entonces

estaremos coartados, encerrados, eximidos de la libertad de usar silencio y espacio. Tampoco será silencio puro, silencio espontáneo y natural, porque al igual que muchos ruidos, ese silencio será artificial. Puede que el que esté privado del sentido del oído capte —si es posible aplicar el verbo— el silencio, pero ya no existirá para él la libertad de oír o dejar de oír: existirá la condena del silencio. Lo que se precisa para que la ausencia de sonidos sea agradable es la voluntad de percibir o no percibir ruidos, y los que no oyen por un defecto de sus sentidos están privados de esa voluntad.

Una semana coincidimos Juan y yo en el mismo turno. Casi siempre a instancias mías y en los descansos, emprendíamos una conversación corta y llena de interrupciones porque las máquinas reclamaban nuestra atención. Al final de la jornada, y esperando el relevo, era cuando más hablábamos, sobre todo del tiempo —en sentido climatológico—; era una manera más de acercarme a él.

Un día empezamos hablando del calor que soportábamos encerrados entre aquellas cuatro paredes, aguantando la pestilencia de los productos químicos que utilizábamos para dar color al papel, y acabamos hablando de impuestos. «Hay que ver la cantidad de dinero que nos descuentan todos los meses para impuestos». Yo le respondía que no se quejara, que si le descontaban tanto era porque tenía ingresos y podía pagarlos. «Al fin y al cabo los impuestos son para que

los malditos políticos se den una vida regalada a costa de mi trabajo».

—Con los impuestos no sólo mantenemos a los políticos, también mantenemos escuelas, hospitales, carreteras, pensionistas, parados…

—Bueno, eso ya es otra cosa. Pero dime si ahora con las autonomías no tenemos que mantener a más políticos y funcionarios, porque ahora están también los políticos y funcionarios de las comunidades autónomas.

—Así está más repartido el poder y más cerca de nosotros.

Quise cortar la conversación porque el tono de Juan subía por momentos y esto era muestra de que empezaba a enojarse. Pero él seguía:

—¿Sabes que el mejor sistema impositivo del mundo era el de Pinochet? Los americanos lo están estudiando para aplicarlo en Estados Unidos.

Esta afirmación me dejó sin habla por unos instantes. No pude dejar de pensar en las muertes, desapariciones, el estado de inseguridad y la falta total de libertades que había provocado durante años la dictadura del general chileno.

—¿Y eso de que el mejor sistema impositivo es el de Pinochet quién lo dice? Seguro que son los que han estado viviendo bien bajo su dictadura. Por otro lado, no me extraña que los americanos quieran copiarlo, ellos son muy dados a copiar cosas malas.

—Cualquiera diría que te gusta pagar impuestos.

No me sorprendió su respuesta insolidaria, sobre todo después de la conversación en el sindicato.

—No es que me guste o me deje de gustar, sino que hay que pagarlos: el estado debe cubrir las necesidades de los ciudadanos y para eso debe tener unos ingresos que provienen de los impuestos. Yo lo único que pido, dentro del sistema social en que desarrollamos nuestra existencia, es que el que más tiene, que más pague.

En ese momento se me acercó el jefe de sección para comentarme ciertos detalles acerca de un trabajo que próximamente iba a entrar en máquina. Fue así cómo nuestra conversación acerca del tema impuestos fue postergada para mejor ocasión.

Los días se sucedían, y se sucedían las semanas, y en esa sucesión los turnos iban rotando. Juan entró de noche y no denunció a la empresa. Al parecer nuestra conversación en el sindicato sirvió para algo.

Era lunes. Las siete de la mañana menos diez minutos. Sin darme cuenta y sin explicármelo, estaba ante el reloj que controla el horario de trabajo, pasando mi tarjeta identificativa por la ranura de este. El sueño no me dejaba y no esperé —tras pasar la tarjeta— a que en la pantalla del reloj apareciera la clave de acceso. Me crucé con otros compañeros que llegaban más tarde que yo mientras me dirigía a los vestuarios, no sé si les di los buenos días porque el mal humor me impedía hablar. El caso es que creo que ellos tampoco

me saludaron. A esas horas nuestros movimientos son mecánicos y no damos un solo paso pensado.

Cuando estuve delante de mi taquilla, no supe qué hacer. Después de mirar un rato la cerradura, se puso en movimiento mi mano y extrajo del bolsillo delantero de mi pantalón el haz de llaves; introduje la adecuada y, como por milagro, la puerta se abrió.

La sala estaba en silencio. En ese preciso instante una voz sonó a mi espalda: «Buenos días». Contesté sin volverme y extraje la prenda de trabajo del interior del cajón metálico.

Mientras me desnudaba, el que me dio los buenos días —que no era otro que Manuel «el Boca»— me hizo caer en la cuenta: «¿Te has fijado en que el Amarillo no ha venido todavía? Siempre está aquí el primero pero hoy se retrasa». Yo le dije que, al no verlo, pensé que hoy no entraba en nuestro turno, sin embargo él me confirmó que estaba en el horario de las siete.

Era casi la hora de poner en marcha la máquina y que el inmenso ruido se expandiera por toda la nave. Me dirigí a mi puesto de trabajo y comencé, cuando sonó la sirena, como todos los lunes por la mañana: engrasando y cambiando el agua de la máquina.

En ese preciso instante vi pasar a Juan: se dirigía hacia el vestuario a paso ligero e iba hablando solo, en voz alta. Hoy era mal día, su equipo de fútbol había perdido ayer y ya era seguro que bajaba a una división inferior. Lo mejor era no dirigirle la palabra y esperar a que el mal humor se le pasara.

Durante toda la mañana, los del equipo rival estuvieron dando voces para llamar su atención, y cuando Juan miraba, señalaban con los pulgares hacia abajo con alegría, indicando con ese gesto y sus risas el buen estado de ánimo que les deparaba el equipo al que el Amarillo era afín.

Ese lunes Juan hizo más ruido que nunca, su máquina no funcionaba como él quería y la emprendió más de una vez a martillazos con ella. No le dirigió la palabra a nadie y no dejó de dar voces ininteligibles. Su desgracia era menos con el ruido, pues este parecía hacerlo feliz.

Al día siguiente, Juan volvió a llegar tarde. Los dos teníamos un buen trabajo en máquina que nos permitía acercarnos el uno al otro y hablar. Yo le dije que me gustaba la literatura, que me gustaba leer y escribir.

—A mí también me gustaba leer, leía todos los días el periódico. En casa tengo un montón de libros, pero ya no leo porque desde hace dos años tengo un ruido en los oídos que no me deja concentrarme. Es como un zumbido que no cesa, que ruge constantemente y me está volviendo loco.

—¿Por qué no vas al médico?.

—Ya he ido, pero no hay solución. El caso es que cada vez es más agudo e insoportable. La única manera de paliarlo es soportando un ruido externo más fuerte que él, por eso pongo música a toda voz. Cuando estoy aquí, con el ruido de las máquinas, se me pasa, pero cada vez es más intenso y necesito más ruido. Sonidos

que hagan vibrar mi tímpano y no permitan que el maldito zumbido me haga perder la cabeza.

—Pero alguna solución ha de tener, una persona no puede estar toda su vida con semejante castigo. Ponte en manos de un especialista. No sé… algo habrá.

—Vuelvo a repetirte que no hay nada, que ya me han visto los mejores especialistas de la ciudad. El castigo es inevitable.

Mi máquina se paró y a la vez emitió el sonido de la alarma, cosa que atrajo mi atención e hizo que interrumpiera mi conversación con Juan. Me acerqué a ella y la puse en marcha otra vez pensando en lo mal que se encontraría mi compañero con semejante problema. Sin embargo, el dilema de la pasión de ese hombre por los ruidos estaba resuelto: un ruido externo más elevado que el zumbido que se origina dentro de sus oídos o en su cerebro.

Al entrar en la nave, lo primero que vemos son las bobinas de papel apiladas horizontalmente, separadas entre sí por tacos de madera que dejan el espacio justo para que la carretilla elevadora meta sus palas entre ellas. Algunas bobinas están de pie encima de las pilas, y al verlas de esa forma uno se pregunta cómo es posible que se mantengan en equilibrio a esa altura y no rueden hasta caer al suelo.

También hay polvo, mucho polvo. Un polvo grisáceo que se para encima de las bobinas de papel, encima de las cajas del almacén, encima de las máquinas, de las mesas y en nuestros pulmones. Por la capa de polvo

acumulado encima de las cosas, se puede calcular el tiempo que hace que nadie las ha tocado en los lugares abandonados, pero en la fábrica hay cajas que llevan depositadas tres días en el almacén, y sin embargo, parece a simple vista que lleven años sin que ser humano alguno las manipule. Debido al engaño temporal en que caemos, nos da la sensación de que todo es viejo y antiguo, de que nada se renueva en ese sitio.

Apenas hemos avanzado unos metros desde la entrada hacia el interior de la nave, a la izquierda, se ven las máquinas que nos aclaran la sensación, la primera sensación auditiva que nos depara le estancia en el recinto: el inmenso ruido que, como el polvo, se deposita sobre todo y lo impregna todo. Ruido. Ruido. Ruido…

Junto a las máquinas y agitados, activos, en continuo ir y venir por entre palets de cajas y bobinas impresas, se ven los primeros hombres: trabajadores que actúan a impulsos, mecánicamente, bajo la exigencia de movimientos que les deparan los artilugios azules-grises que les hacen estar agitados durante las eternas ocho horas que dura la jornada.

Del techo cuelgan unos tubos fluorescentes que, aunque evitan la oscuridad, no dan la suficiente luz como para desarrollar nuestro trabajo con comodidad. El esfuerzo de nuestros ojos va en relación directa con el esfuerzo de nuestros músculos y nervios.

Si nos situamos en medio de la nave, podemos observar la disposición ordenada de las máquinas, cómo todo está organizado para que no haya la más mínima